

**Philipp BLOM. *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*. Anagrama, Barcelona, 2010, 681 pp.**

Como resulta obligado en una publicación científica especializada, la mayoría de los libros que se reseñan en la *Revista* son de historia industrial o empresarial. Sin embargo, no por ello deja de ser saludable buscar y encontrar huecos para otros que, sin tener la anterior condición, reúnan los requisitos necesarios para ser también objeto de comentario y crítica. No tengo ninguna duda de que el elegido en esta ocasión cumple con largueza lo que acabo de señalar. En primer lugar, simplemente porque se trata de un buen libro, a pesar de que en algunos capítulos el lector pueda tener la impresión de encontrarse ante una obra de alta divulgación y no de un riguroso trabajo científico basado en una investigación de primera mano. Pero en segundo lugar, y especialmente para los usuarios de la *Revista de Historia Industrial*, el interés del volumen radica en que nos aporta una visión distinta y sugerente de una etapa que desde la historia económica siempre se ha abordado con una mayor amplitud cronológica (en sus inicios al menos hacia 1870-1875), aunque paradójicamente con una fijación temática que podemos singularizar en dos grandes fenómenos íntimamente relacionados entre sí: la primera globalización y la Segunda Revolución Tecnológica. Dos procesos tan nucleares que, por las conocidas razones de la elevada especialización que se nos exige, no sólo han terminado captando el grueso de nuestras preocupaciones intelectuales, sino que además hemos investigado cada vez más aislados del resto de las transformaciones sociales o económicas que asimismo definieron las décadas interseculares.

Y ésta es, adelanto, una de las aportaciones más brillantes del libro reseñado. Philipp Blom, un historiador alemán formado en Oxford, aunque desde hace algunos años fuera del mundo universitario y en estos momentos tan volcado en el de los medios de comunicación de masas como en el de la investigación académica, autor de otras obras de referencia de cronología y temáticas diferentes distinta a ésta,<sup>1</sup> se sitúa aquí en un plano superior al fijado por el sistema productivo (apenas se preocupa por los procesos a largo plazo de transformación agraria, energética o tecnológica), para

1. Véanse del mismo autor, *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*, Anagrama, Barcelona, 2007, o su más reciente, aún no traducida al castellano, *A Wicked Company: The Forgotten Radicalism of the European Enlightenment*, Basic Books, 2010.

centrar su interés en el avance científico y el cambio social. En realidad, uno de los objetivos del libro consiste precisamente en la identificación de los protagonistas de esa transformación radical, que, en los primeros compases del siglo xx, daría la vuelta al calcetín occidental. Vientos de fondo y tormentas de forma. Unos y otras contribuyeron a certificar algo que ya sabíamos: que el mundo de 1918 ya no era el de 1914 por mucho que los políticos, los empresarios y las organizaciones sindicales que sobrevivieron a la Gran Guerra se empeñasen. Pero también algo en lo que hasta ahora apenas habíamos reparado y que este «Cultura y cambio en Occidente...» nos demuestra de forma convincente: que el mundo de 1914 tampoco era ya el de 1900. Simplemente –y nada menos– porque en esos años se sacudieron como no lo habían hecho desde los tiempos de las primeras revoluciones (la francesa, la americana, la industrial, la declaración de los derechos humanos) los pilares de la cultura occidental. Una segunda sacudida, tan profunda como la que cerró el siglo xviii y abrió el xix, pero a nuestros efectos –los de los seres humanos que vivimos el comienzo del tercer milenio– mucho más decisiva. En realidad todas las ramas científicas –experimentales y sociales– pueden reclamar su parte de protagonismo en lo ocurrido en aquellos años, sencillamente porque una nueva generación de gigantes ofreció sus hombros para ver aún más allá (bastante más allá, en realidad, de lo que nunca había sido posible). Porque no se trató sólo de las ciencias experimentales, que ciertamente –sobre todo en el caso de la Física– permitieron un salto en el conocimiento de tal envergadura que todavía hoy, cien años más tarde, un porcentaje elevado de aquellos planteamientos teóricos continúan siendo plenamente válidos. Fue, además, una cuestión generacional –nunca se había producido tal confluencia de cerebros privilegiados– que plasmó su nuevo modo de entender el mundo en asuntos tan diversos como nucleares: movimientos artísticos, literarios o musicales, avances científicos y tecnológicos de una dimensión hasta entonces desconocida que señalaron un futuro convertido hoy en nuestro presente,<sup>2</sup> y que además se presentaron envueltos en un marco social de referencia igualmente original, en el que participaban elementos tan novedosos como la cultura de masas, la emancipación de la mujer o el culto a la velocidad.

Por lo demás, la estructura de la obra es muy simple: quince capítulos, titulados con el acontecimiento que el historiador alemán considera el más representativo de cada uno de los años que conforman el periodo. Estructura tan aparentemente ligera como engañosa. Porque en realidad tal distribución sólo muestra la espuma de movimientos de fondo mucho más profundos y trascendentales, ocultos por ejemplo tras acontecimientos singulares como la exposición universal de París (1900), la botadura del acorazado *Dreadnought* tras su construcción en los astilleros de Portsmouth (1906), la manifestación feminista londinense de Hyde Park (1908), el famoso crimen de Wagner (no el músico, sino un maestro convertido en asesino múltiple que en 1913 acabó con la vida de trece personas, incluida toda su familia, en una pequeña ciudad

2. El listado que sigue, formado por algunas de las materias y autores de los que se ocupa Blom, resulta necesariamente incompleto: la mecánica cuántica, el cubismo, la teoría de la relatividad, la industria del automóvil, la industria química, la electricidad, la fotografía, el cine, Freud, Kafka, Einstein, Planck, Marie y Pierre Curie, Nietzsche, Picasso, Weber, Stravinski y Schonberg, entre otros.

alemana) o el asesinato político del año siguiente (no el del archiduque, como podríamos conjeturar, sino el cometido por la mujer del ministro de Finanzas francés, que no encontró otra manera de saldar cuentas con el periodista que había difamado a su marido y acabado con su carrera política). De alguna manera parece como si el reloj del tiempo hubiese sufrido una profunda transformación coincidente con el cambio de centuria. Una aceleración que en muy poco tiempo terminaría trastornándolo todo –desde los comportamientos privados a los públicos; desde el ser humano al conjunto de la sociedad–, permitiendo la emergencia de un nuevo modelo de convivencia. Todo ello ocurrió en esos quince años de vértigo, el que cerró el siglo xix y los que abrieron el xx. Y con un vigor (todo un «fermento creativo», según expresión del historiador alemán) que todavía hoy, curtidos en los extraordinarios avances tecnológicos de la tercera Revolución Industrial, nos resulta sorprendente.

Valga lo anterior como muestra del caleidoscopio temático en el que acaba convirtiéndose el libro de Blom, lo cual podría haber deparado un producto heterogéneo, deslavazado o poco riguroso, o, por el contrario, lo que en realidad y afortunadamente encontramos: un grueso volumen al que resulta muy difícil resistirse una vez que se abren sus páginas, y donde la acelerada sucesión de acontecimientos no impide, a cualquiera que introduzca un punto de reflexión en su lectura, comprender la verdadera naturaleza de la profunda e irreversible transformación que estaba teniendo lugar mientras nacían los nuevos tiempos.

En fin, de esta suerte de engranaje caótico de acontecimientos termina emergiendo el hilo argumental que nos permite entender cómo fue posible la gran transformación en la que terminaría fundándose el siglo xx. Y aquí, es preciso apuntarlo, Blom se mueve con maestría y precisión. No sólo es capaz de manejar un abanico de datos tan heterogéneo como abundante –no olvidemos que nos encontramos en el arranque de los medios de comunicación modernos–, sino también de engarzar en un discurso coherente episodios que, tomados aisladamente, resultaría muy difícil relacionar entre sí y que en muchos casos, además, atendieron a descubrimientos casuales (piénsese, por ejemplo, en la idea de John Dunlop de colocar gomas en la bicicleta de su hijo y en el ansia genocida que tal decisión desató años más tarde en el rey Leopoldo de Bélgica).

En resumen, lo que para nosotros –como historiadores económicos o industriales– es el centro de nuestras (pre)ocupaciones, aquí se antoja como un marco que define pero que ni mucho menos agota una realidad que terminaría concentrando, en aquellos tres lustros, todo lo bueno y lo malo del siglo xx (y de lo que llevamos del xxi). Como el mismo Blom señala casi al final de su obra: «En muchos sentidos, el siglo xx se limitó a representar los sueños y pesadillas que surgieron en el fermento creativo de 1900 a 1914» (y lo cierto es que de sueños y pesadillas sabemos bastante los que vivimos a comienzos del siglo xxi, pero hemos sido también habitantes de una parte del xx y hemos estudiado el resto, especialmente en lo que se refiere, respectivamente, a los gloriosos treinta años post-1945 y a las trágicas tres décadas anteriores).

Y a todo esto, ¿qué hay de nosotros? Utilizo el pronombre personal no sólo en un contexto muy específico (los especialistas en historia industrial; en otras palabras, los usuarios de la *Revista de Historia Industrial*), sino también en otro mucho más am-

plio: el que afecta al conjunto de los habitantes del planeta en los inicios del siglo XXI. En este último caso, quizá la palabra más adecuada para conectar un arco cronológico que ahora alcanza los cien años justos sea uno empleado asiduamente por Blom a lo largo de su obra para resumir la atmósfera social de aquellos años: «incertidumbre». Aunque detrás del término existan cosas muy distintas en ambas fechas, lo cierto es que tanto a un ciudadano de 1911 como a otro de 2011 (al menos los de las economías más avanzadas y sobre todo los más comprometidos y/o los de un nivel educativo medio y alto) les abrumaban, entonces y ahora, todo un largo rosario de interrogantes de aparentemente difícil solución a corto plazo. Hace cien años, los peligros derivaban sobre todo del desconocimiento del enorme poder encerrado en las nuevas fuerzas recién descubiertas (la radiactividad, por supuesto, pero también la electricidad). En el siglo XXI se centran fundamentalmente en una versión ampliada de la vieja tensión entre población y recursos, factores de producción que en las circunstancias actuales se muestran cada vez más incapaces de garantizar la viabilidad del modelo de crecimiento característico de los dos últimos siglos de historia del capitalismo.

No sabemos todavía en qué quedará todo. Como tampoco nuestros antepasados de hace cien años fueron capaces de imaginar la inmensa tragedia en la que terminarían desembocando los sucesos que puntearon el tiempo que les tocó vivir, hoy nuestra particular espada de Damocles radica fundamentalmente en si seremos capaces de resolver a tiempo la amplia agenda de problemas que entre todos –y sobre todo los «ricos»– hemos ido colmando en las últimas décadas o si, por el contrario, nuestra trayectoria será similar a la de aquellas civilizaciones que no llegaron a tiempo de ajustar a sus «verdaderas» necesidades el uso eficiente y racional de los recursos disponibles, como inteligente y convincentemente nos explicara Jared Diamond hace unos años.<sup>3</sup>

Pero el «nosotros» mencionado un par de párrafos más arriba se refería también a nuestra disciplina, lo que implica plantear tanto los interrogantes como sus posibles respuestas desde una perspectiva distinta, en principio tan básica como la que sigue: ¿qué aporta un libro como éste al especialista en historia de la industria o de la empresa? Adelantaré que, al menos directamente, no demasiado. Ni Blom es un historiador económico ni entre sus prioridades científicas se encuentran las que son propias de nuestro gremio. Aunque algo más beneficiados, el texto tampoco se dirige a los usuarios de la *Revista de Historia Industrial*. En concreto para los historiadores industriales la principal utilidad del libro –que no es poca– reside en su capacidad para ayudarnos a centrar nuestra atención en aspectos que en principio no solemos considerar ni prioritarios ni básicos para generar esquemas argumentales, modelos teóricos o utillajes metodológicos (en el caso que nos ocupa, los referidos a la consolidación de la Segunda Revolución Tecnológica), pero que sin embargo una vez conocidos –por supuesto, tras la lectura rigurosa del texto– contribuyen a que conformemos un modelo más acabado y preciso del análisis científico del pasado económico (nuestra

3. Diamond, Jared (2006), *Colapso: Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, Madrid.

labor como científicos sociales), y con él a desarrollar un trabajo de investigación mucho más riguroso y comprometido.

En última instancia, es suficiente con plantearnos una suerte de ejercicio intelectual que temporalmente nos permita aparcar las exigencias derivadas de nuestros elevados niveles de especialización, o al menos entenderlas desde una perspectiva más amplia. Por ejemplo, no es necesario renunciar a la secuencia académicamente aceptada de los paradigmas tecnológicos (que con sus limitaciones continúa siendo válida a nuestros propósitos), simplemente se trata de insertarla en una cronología más estricta y una temática más amplia. Pero debemos volver a insistir en este punto: no nos encontramos ante un libro ni de historia industrial ni de historia económica. Es algo diferente: un volumen que, desde una posición intelectual ajena, nos permite entender una época distante y distinta a la nuestra, pero a la que sin embargo nos encontramos ineludiblemente unidos por ese lazo invisible que desde la academia usamos –y abusamos– con frecuencia (los «centenarios») y a la que sobre todo nos vuelve a atar su carácter de bisagra: entonces entre dos mundos divididos por la tragedia de la primera guerra mundial, hoy entre dos modelos de convivencia en un planeta dotado de recursos finitos y desigualmente repartidos.

Claro que no todo son hallazgos ni aciertos en esta edición. Al margen de los puramente formales (las ilustraciones en blanco y negro son de bajísima calidad; la portada de la edición original –la fotografía de Jacques-Henri Lartigue– ha sido «secuestrada» en la española), los hay también afectos al contenido y al propio desarrollo argumental del libro. Obviamente, el autor se maneja mucho mejor en el mundo de las ideas, los esquemas culturales y los fenómenos sociales que en el estrictamente económico. Baste con señalar que la bibliografía que utiliza en sus alusiones a los cambios en la estructura productiva, las relaciones laborales, los modelos organizativos de las empresas o la innovación tecnológica es muy básica; que hay ausencias imperdonables (ni siquiera aparece Chandler) y que su propio discurso se encuentra trufado de aportaciones que el autor no duda en considerar esenciales cuando se refiere a asuntos vinculados con nuestra disciplina, aunque hace tiempo que los historiadores económicos hemos incorporado a muchos de ellos a nuestro acervo instrumental y teórico e incluso a alguno lo hemos dado ya por amortizado.

En cualquier caso, nada de lo recogido en el último párrafo resulta esencial ni elude la conveniencia de la lectura atenta y crítica del libro de Blom. Lo que concierne a la ilustraciones puede minimizarse acudiendo a los numerosos bancos de imágenes disponibles para la época; lo que afecta al contenido más especializado, volviendo a recordar el tipo de libro que acabo de presentar. Al cabo, resta el placer de aprender con lecturas cuyo activo principal descansa en su capacidad para ayudarnos a modificar nuestra frecuentemente sesgada y estrecha manera de entender los acontecimientos económicos del pasado y, concretamente –aunque pueda resultar paradójico–, de aquellos más cercanos a nuestra condición de especialistas en historia industrial. O al menos a entenderlos en un contexto más amplio.

ANTONIO PAREJO